

David Castells-Quintana (2021), *La búsqueda esquiva de la prosperidad. Una breve historia del pensamiento económico*. Ediciones de la Universitat Autònoma de Barcelona, 176 páginas, ISBN: 978-84-123249-0-7

F. Javier San Julián Arrupe
Universidad de Barcelona ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/ijhe.96095>

Las incertidumbres y desazones que caracterizan nuestro tiempo hacen que cada tanto el individuo contemporáneo se vuelva hacia la ciencia económica para cuestionarle qué podría hacer para mejorar sus circunstancias actuales y abordar el futuro con cierta confianza. Una saludable reacción, no demasiado practicada, consiste en asomarse al pasado e inquirir a economistas e intelectuales de otras épocas acerca de sus visiones sobre las problemáticas de su tiempo, a la búsqueda de pistas para afrontar (o tal vez relativizar) las de los nuestros. Es por esto siempre motivo de celebración la publicación de un libro que resalte la importancia de la historia del pensamiento económico como campo de conocimiento capaz de proveer referentes que permitan al lector atento discernir con alguna claridad cómo se ha formado el mundo en que vivimos, al paso que reflexiona sobre cómo los habitantes de sociedades y tiempos pasados trataron de abordar problemas no muy diferentes a los que ocupan el quehacer de los economistas en la actualidad. Como indica el Profesor Perdices de Blas en el prólogo de este libro, los economistas adolecemos de un “provincianismo temporal” que hace que nos concentremos en los sucesos del tiempo corriente, desatendiendo debates del pasado de los que tanto se pueden extraer ideas para los problemas actuales como se puede aprender la amplitud y los límites de la teoría económica. Un ejercicio de humildad sería por tanto aconsejable en los economistas, y la historia del pensamiento económico es precisamente una vacuna contra la arrogancia intelectual.

David Castells-Quintana nos ofrece así una obra concisa y amena, que gustará sin duda a las personas deseosas de acercarse a la ciencia de la economía evitando el peaje de las complejidades teóricas y de un lenguaje para iniciados que puede resultar casi esotérico. El enfoque escogido por el autor para exponer su “breve historia del pensamiento económico”, es una reflexión sobre la idea de “prosperidad”. Es este un concepto difícil de definir que los economistas no acostumbran a utilizar, pero que ha permitido al autor una cierta libertad a la hora de ir

repasando cómo filósofos, intelectuales y economistas han abordado a lo largo de la historia la cuestión de la consecución del bienestar. El “humilde deseo” del autor, como él mismo establece, es que el estudio del pensamiento económico ayude a comprender el significado de “la verdadera riqueza” y los desafíos que la Humanidad enfrenta en la búsqueda de la prosperidad compartida y el bienestar individual. Su intención es asimismo señalar cómo la definición de una buena vida, y los elementos que ella comporta, han ido variando a lo largo de los tiempos. Su libro es, de este modo, una “invitación” a conocer la evolución del pensamiento económico, esto es, una investigación sobre cómo los intelectuales a lo largo del tiempo han interpretado el valor de las cosas, la riqueza y la prosperidad, cómo se han preguntado sobre los determinantes del bienestar individual y social, y cómo esas interpretaciones y preguntas cobran sentido en cada contexto particular, sin el cual no podrían comprenderse enteramente. Con un lenguaje claro, en el que se han eliminado tecnicismos en aras de la transmisión de un mensaje más diáfano, y donde se han sacrificado inevitablemente muchos autores y corrientes (lo que hará que el lector algo informado eche de menos algunas contribuciones), consigue un texto fresco, directo y muy legible; una puerta de entrada, como decíamos más arriba, a los enigmas de la ciencia económica especialmente útil para legos en la materia.

Castells-Quintana ha estructurado su obra cronológicamente, de forma similar a la de un manual de historia del pensamiento económico tradicional. Partiendo de las ideas económicas de los filósofos de Grecia clásica, la Edad Media y la Ilustración, pasamos por la escuela clásica y el marxismo (al que acompañan otras antiguas heterodoxias), la escuela neoclásica, Keynes y el keynesianismo, y la contrarrevolución liberal. El libro se cierra con un capítulo sobre contribuciones modernas, donde cuestiona el autor la validez de la ortodoxia y aporta algunas ideas de economistas que podrían servir para repensar aquella. Cada etapa histórica debe estilizarse cuidadosamente, pues el estilo directo y divulgativo, y la

brevidad del libro, así lo exigen. Ello no obsta para que el autor realice incursiones en tradiciones económicas poco conocidas y menos expuestas en las historias generales de la economía, aunque también necesariamente algunos temas y autores deben ser resumidos u obviados. Es interesante por ejemplo la atención que presta en el capítulo inicial al pensamiento económico en la India y China antiguas, así como a las contribuciones del pensamiento económico musulmán (algo más conocido entre nosotros gracias a la obra de Fabián Estapé).

Las secciones centrales del libro, dedicadas a los principales paradigmas económicos, están bien resueltas, sucediéndose unas a otras de forma dinámica, en forma de alternancia entre tesis y antítesis. Los clásicos se preguntan por la “verdadera riqueza de las naciones” y “el verdadero coste de las cosas”, introduciéndose aquí de forma sencilla la teoría smithiana del crecimiento económico basado en la división del trabajo y la acumulación de capital, la idea de la asignación eficiente por parte del libre mercado (la mano invisible), la teoría del valor-trabajo clásica, la teoría de la distribución y la idea de las ventajas comparativas de Ricardo, así como las controvertidas ideas de Malthus y la no menos discutida ley de Say. El autor señala con acierto las implicaciones sociopolíticas (“una revolución”) de la idea del libre mercado y la libre empresa clásicas, señalando su vinculación con la democratización del poder político. En esta dirección, son interesantes y loables los intentos del autor de vincular las ideas clásicas con las circunstancias económicas presentes, lo que sirve para actualizar el pensamiento de autores que algunos podrían considerar que poco o nada tienen que aportar a las ideas económicas modernas. Al capítulo sobre el esquema clásico le sucede el capítulo sobre las críticas a ese paradigma. Esta sección se dedica a autores que pusieron en cuestión los resultados de la búsqueda de la prosperidad material en la era de la revolución industrial y la formación de las sociedades capitalistas (los “heterodoxos clásicos”). El protagonismo primordial lo adquiere naturalmente Marx y las contradicciones del capitalismo, con algunas páginas centradas en los desarrollos postmarxistas.

El agotamiento del paradigma clásico propugna su reemplazo por la joven y dinámica corriente neoclásica, llamada a convertirse en la ortodoxia contemporánea gracias a la eficacia de sus postulados y modelos. Castells-Quintana apunta la gran transformación que experimenta la ciencia económica de la mano del nuevo paradigma, que, aunque en principio es heredero de la tradición clásica, en realidad introduce una serie de innovaciones que conforman la economía del siglo XX: análisis primordial del comportamiento de los agentes, papel del mercado como asignador eficiente que resuelve el problema de los recursos escasos y las necesidades ilimitadas, modelización abstracta, análisis matemático, etc. La teoría del valor utilidad y el afán de maximización de esta por parte de los agentes constituyen el marbete de esta escuela. Las críticas a este enfoque y el debate entre eficiencia y equidad son un contrapunto a este paradigma, que sin embargo encontrará en Keynes –capítulo “El regreso del Estado”– su némesis. Antes de exponer las ideas de Keynes, el autor dedica unas cuantas páginas a discutir la

idea de desarrollo desde los clásicos, pasando por Schumpeter, hasta Hirschman. Esta reflexión es una parte crucial del libro, pues remarca la idea de que la búsqueda de la prosperidad “no sigue un camino lineal, ni es uniforme ni homogénea entre los diferentes sectores y grupos de la sociedad”, y que las solas fuerzas del mercado no pueden en ocasiones ofrecer soluciones satisfactorias, justificando así el autor la intervención de los estados. Las ideas de la *Teoría general* se explican a continuación de modo muy accesible, vinculándolas con las consecuencias de la Gran Recesión de 2008. La reacción al keynesianismo ocupa el penúltimo capítulo, dedicado a la revolución liberal (“una receta mágica”, la llama el autor). “Dios salve el mercado” explica cómo la estancamiento de la década de 1970 abrió una grieta en el keynesianismo que los economistas más favorables al libre mercado, “de Viena a Chicago”, se apresuraron a colmar. Las ideas de Hayek y de Friedman son expuestas de forma igualmente comprensible, dando forma a la época en que la búsqueda del bienestar se dirigía a la acción del mercado, recuperándose la tradición neoclásica.

La última parte del libro es quizás la más interesante. La prosperidad tal como la entiende la economía ortodoxa queda cuestionada por contribuciones modernas que apuntan hacia otras direcciones. Hace ya bastantes años que Amartya Sen sostenía una visión del desarrollo económico alejada del fetichismo del PIB, e introducía ideas sobre libertad y capacidades. Un renovado interés por la geografía como determinante del desarrollo se abre paso igualmente, alejándose del voluntarismo del análisis neoclásico, para el que la libertad individual expresada a través de nuestras decisiones de producción, consumo e inversión es suficiente para ordenar las economías y hacerlas progresar. El autor llama revolución microeconómica a las aportaciones de Esther Duflo y la economía experimental aplicada al desarrollo (aunque su consideración como economía heterodoxa es un asunto discutido). También hacen acto de presencia en este amplio panorama contemporáneo los nuevos debates sobre los límites al crecimiento y la posibilidad de que la economía del decrecimiento tenga algo que decir en el futuro. La cuestión de la desigualdad, finalmente, completa el cuadro. El autor lleva a cabo una selección de algunas de las corrientes contemporáneas más importantes, mostrando la actualidad de visiones que cuestionan la ortodoxia dominante (al menos en las facultades universitarias) y la confianza en que avances y enfoques alternativos sean capaces de construir una economía donde, en palabras del autor, “la gente importe”. Una reflexión en esta dirección es que la definición de la “ortodoxia” queda poco precisada en el libro. Como señala Alessandro Roncaglia en su reciente obra *La era de la disgregación* (2019), la economía ortodoxa lo es en una época y circunstancias concretas, y cuando varían ambas, tal ortodoxia puede dejar de serlo. En la segunda mitad del siglo XX, y de la mano de algunos miembros de la escuela de Chicago, notablemente de Stigler y Becker, la noción de individuo racional maximizador de utilidad se ha extendido en el campo de la economía, primero la microeconomía y después la macroeconomía. Mas esto no siempre ha sido una marca de la revolución marginalista o de la primera escuela

neoclásica. Jevons, en sus *Principios*, aclaraba que la economía era una ciencia que sólo se ocupaba de la consecución de bienes básicos para la subsistencia del individuo, pero que poco o nada podía decir de los bienes que causaban otro tipo de placeres. La caracterización de la economía como ciencia que se concentra en el consumo de bienes y servicios para maximizar funciones de utilidad individuales es pues matizable en ciertas épocas, si bien, aplicada a la economía liberal, es una visión ciertamente popular, más aún tras el triunfo de las teorías de los mercados eficientes que siempre se ajustan, y aún más después del descalabro de 2008.

En la parte del haber de este libro encontramos algunos temas que los iniciados en historia del pensamiento económico echarán en falta, mientras que otros son tratados quizás con cierto apresuramiento. Esto es seguramente inevitable, dada la concisión y las intenciones del libro. Por ejemplo, el tratamiento del mercantilismo adolece de cierta simplicidad, ya que desde al menos la obra de Cannan sabemos que el viejo estigma bullonista debería ser matizado o al menos reservado solo para algunos autores poco sofisticados. La parte relativa a la época de la Ilustración queda algo desdibujada, lo cual es una lástima, puesto que la idea de la pública felicidad (que entronca bien con el título de la obra) aparece con cierta profusión en las obras de los autores de esta época (la economía civil de Genovesi y otros tenía esta idea muy presente, alejándose del individualismo de la ilustración escocesa). El socialismo premarxista, de elevado interés en tanto que sus proyectos de sociedades ideales aspiraban precisamente a lograr la felicidad de sus miembros, también se ausenta de la obra, así como la crítica historicista

a la escuela marginalista, muy relevante a finales del siglo XIX. Existe también alguna sentencia controvertida, como ubicar a Smith en la revolución industrial o a Jevons en la escuela de Cambridge. En todo caso, todos estos son detalles que no desmerecen en absoluto el muy logrado producto final.

El epílogo con que termina el libro es muy significativo. Finalmente, la economía guarda estrecha relación con la búsqueda de la felicidad. La prosperidad material no es suficiente, dice el autor. De hecho, la "adicción a la riqueza material" puede ser perversa. Subraya así cómo los estudios de la economía de la felicidad demuestran que la prosperidad no consiste solamente en el disfrute de elevados niveles de consumo, sino que –a la Sen– requiere igualdad de oportunidades y desarrollo de capacidades profesionales, sociales, política, culturales y espirituales. Y esto debe ser un fenómeno colectivo, pues la felicidad individual está imbricada con la ajena. Es destacable la adición final de una lista de libros recomendados, dirigida al lector más curioso que desee acercarse más a todas las ideas que han desfilado a lo largo de la obra, así como de un útil glosario. Nos atrevemos a sugerir la inclusión en aquella lista del libro de Roncaglia antes mencionado, *La era de la disgregación: historia del pensamiento económico contemporáneo*, editado por Prensas Universitarias de Zaragoza, que cubre el pensamiento económico de la segunda mitad del siglo XX. En definitiva, es esta una obra fresca y meritoria, con algunas lagunas inevitables, pero que constituye una invitación a los profanos a adentrarse en la historia del pensamiento económico. Prestará sin duda un gran servicio a nuestra disciplina, lamentablemente poco conocida por el público. Felicitamos sinceramente al autor por ello.